

PIÑERO, Ricardo. *Vivir en belleza*. Salamanca, Síndéresis, 2021, 286 pp.

Pese a que la belleza no sea considerada hoy en día como una condición necesaria del arte, no implica que haya sido olvidada. Es más, como algunos autores defienden, vivimos un retorno de la belleza¹. Vivir en belleza, de Ricardo Piñero, puede sumarse a esa discusión, pero no con el afán de quedarse en debates académicos sino en llegar a impregnar la vida del lector, como pretendió recientemente en *La aventura de ser humano*. Entre la estética y la antropología (2020) y *Estéticas en el laberinto*. Estudios sobre filosofía, literatura y teoría de la pintura (2020), publicadas también por Síndéresis.

Aunque las tres obras comparten rasgos comunes, este último libro es el trabajo más conseguido y personal, en el que puede verse su pensamiento estético. En este sentido, el autor realiza un recorrido histórico de las teorías sobre la belleza y no meramente de la belleza, como ocurre en *Historia de la belleza* (2010) de Umberto Eco o *La belleza* de Roger Scruton (2017). El recorrido sigue una evolución histórica que hace que no tenga que decantarse por una única definición de belleza. Al mismo tiempo, tampoco es un recorrido histórico exhaustivo, pues junto con grandes referentes de la Estética —desde los sofistas hasta Kant— se encuentran también Dionisio Areopagita, Shaftes-

1. CARRASCO, Matilde, «¿Es posible el regreso de la belleza? Estética, belleza y política en el arte contemporáneo», *Agora. Papeles de Filosofía*, 36/2 (2017), pp. 151-173.

bury o Yves-Marie André. Además, uno de los puntos interesantes de la obra es que, junto con los filósofos estetas, también desfilan pintores, literatos, arquitectos o místicos, porque en cuestiones estéticas todos tienen mucho que decir. Con todo, más que una historia de la Estética en general, se trata propiamente de la historia de su propio recorrido intelectual. Esto explica la variedad de referencias y, a su vez, el hecho de que en muchos de los autores escogidos lata la influencia platónica o neoplatónica, eco de sus tesis doctoral sobre Plotino. Es, por tanto, el propio autor el que se muestra entre las páginas.

Ricardo Piñero intenta y consigue comprender, porque se esfuerza por introducirse en la mentalidad de cada época, alejándose de los prejuicios contemporáneos (p. 28). Este ideal hermenéutico es muy difícil de conseguir cuando se busca desde la pura racionalidad, pero es más fácil de alcanzar a través de las obras de arte debido a su carácter transhistórico. Además de que el arte sea una vía más accesible, también hay que destacar la capacidad de Piñero de ir a la esencia atemporal de las cosas. Esta capacidad le hace ver el canon no como una imposición, tal y como lo entendieron los modernos, sino como un don, en sentido clásico, de una fuerza superior que ayudaba al artista a aspirar a metas más altas y a conformar correcta y ordenadamente el mundo. Al mismo tiempo, Piñero enseña cómo mirar y entender *El nacimiento de Venus* desde los ojos de Botticelli y no con los nuestros, acostumbrados al *selfie*.

El libro es un diálogo con diferentes tradiciones de diversas épocas, destacando lo bueno que hay en cada una de

ellas. Así, en el segundo capítulo, Ricardo Piñero realiza un agudo análisis de la concepción metafísica de la belleza en la Edad Media, época en la que es experto, y pone de manifiesto cómo poco a poco se fue perdiendo la referencia trascendental de la belleza. Sin embargo, lejos de quedarse en una visión catastrofista muestra cómo ese hecho provocó que se volcaran más en el arte, como un ámbito en el que encontrar belleza, pues lo que parece irrenunciable es esa búsqueda (p. 65). A partir de entonces, la idea platónica de belleza comenzó a ser interpretada no como un elemento de la realidad externa, sino como parte del interior del espíritu humano. Por esta razón, el artista pasa de copista a depositario de un arquetipo que tenía la responsabilidad de proyectarlo en la realidad. Así, los renacentistas se percataron no sólo de la necesidad de la belleza para habitar el mundo, sino para disfrutar de él (p. 112), razón por la cual trataron de llevarla a las instituciones y a las acciones.

Pese a la expansión de la práctica artística que marcó todo el Renacimiento resulta interesante ver la progresiva interiorización de la Estética en las siguientes épocas. Aunque no sea una idea explícita, el propio autor se centra en los capítulos posteriores en una mirada hacia dentro. Así, el capítulo cuarto se dedica a los autores místicos que ahondan en la comprensión de su potencias internas, como es el caso de santa Teresa de Jesús para poder dar cuenta de su encuentro inefable con la Belleza. Los autores modernos que siguen en los capítulos posteriores (quinto y sexto) no hicieron más que continuar esa vía hacia el interior del ser humano: hacia su percepción, inteligencia o imaginación,

como harán Addison, Burke o Kant. Este ahondamiento en el interior le hace poner de manifiesto al autor cómo la Estética tiene que ver con la estructura misma de la condición humana (p. 171). En este sentido, es interesante ver cómo Piñero extrae consecuencias vitales de cada autor, como ocurre en el caso de Kant, quien puso de relevancia cómo la belleza “nos hace ver que podemos ser libres en este mundo (...). El ser humano es un ser libre y adquiere plena conciencia de esa libertad al contemplar la belleza” (p. 258).

Más allá del recorrido histórico, lo interesante es la reflexión de cómo la belleza y la Estética llegan hasta lo más profundo de la persona. Convencido de que “el amor por la belleza explica parte de lo que somos” (p. 81), Piñero trata de ahondar en lo que somos a través de la belleza. Desde este presupuesto, clave del libro que hay que entresacar de sus páginas, aborda cuestiones muy relevantes para el espíritu humano expandiendo su estética hacia la erótica, la ética y la mística. La erótica porque a Piñero le gusta pensar con las manos, sentir con las obras y ver la Estética como una teoría de la sensibilidad: no hay belleza que no empiece por los sentidos, que diría Aristóteles. El *por dónde* recibimos esa belleza conduce a distinguir de qué tipo de arte hablamos (escultura, pintura, música, etc.), *el cómo* la percibamos dice mucho de nuestra sensibilidad y el *qué* manifiesta aquello que somos. Parafraseando al refrán español podríamos decir: dime qué tipo de belleza amas y te diré cómo eres.

En este sentido, la Estética entronca con la Ética ya que, como afirma Piñero, “la experiencia estética es acción moral

porque da cuenta de la naturaleza humana” (p. 204). Las características usuales para juzgar la belleza de una obra de arte pueden servirnos como guía de acción, ya que sin canon, sin medida, no se puede actuar. Por último, es también mística porque su mirada se eleva por encima de lo que no se ve y descubre belleza donde nadie diría que la hay. De esta manera, especialmente de la mano de los místicos, hace ver la belleza de una vida de oración en medio de una enfermedad, de una cárcel, de un campo de concentración. No se trata de que aquellos místicos descubrieran allí la belleza como algo fuera de ellos, sino que al vivir *en* belleza pudieron hacer un arte bello incluso en esas circunstancias. Esto es también un ideal de vida, y por eso Piñero anima al lector a no caer en la tentación de desanimarse por la falta de belleza o, peor aún, de apartarse de la belleza, “porque entonces, aunque la biología nos sostenga, la vida será insufrible, no será soportable. Cualquier lucha por habitar la belleza merecerá la pena, porque si algo es

un ser humano es alguien que nace para vivir la belleza, que vive de belleza, aun más, un ser creado para vivir en belleza” (p. 278).

Por todo ello, Piñero no sólo se inscribe en la estela de filósofos que apuestan por un retorno de la belleza, sino por su decisiva expansión. De esta forma, el libro anima a todos los lectores a buscar más belleza a su alrededor, en su vida cotidiana, tal y como también había reclamado Yuriko Saito en *Everyday Aesthetics* (2007). Por todo ello, el libro supone una aportación tanto para los expertos en Estética como para los principiantes en ella gracias a su carácter poliédrico e interdisciplinar. A su vez, sería muy deseable que el autor se decidiera en sus siguientes obras al análisis estético de autores que van más allá de la Modernidad, así como a una explicación más detallada de cómo buscar, encontrar y engendrar belleza a nuestro alrededor.

Raquel Cascales
Universidad de Navarra